

PARA UN RETRATO HEREDITARIO DE LOS ARELLANO

JORGE EDUARDO ARELLANO

De la 6a. Generación.

Toda persona lleva en su interior, inconscientemente, sus herencias genealógicas. Quiera o no, las modalidades intrínsecas de su personalidad dependen en cierta medida de sus antecedentes familiares. Este fenómeno, a mi parecer, sólo se observa con claridad en los componentes de algunas familias antiguas, señeras por su influencia en el desarrollo histórico-social del país.

En el caso de los Arellano, una de las más sobresalientes, los factores herenciales han sido decisivos y reveladores. Se quiere decir con esto que sin ningún esfuerzo es reconocible, en cualquier momento y lugar, cualquiera de ellos. La peculiaridad que los distingue, en primer lugar, es el conjunto de rasgos físicos casi siempre idénticos que se ha preservado de manera sorprendente en la mayoría de sus integrantes. De complejión recia sin caer en la obesidad —la única excepción ha sido don David— y mucho menos en lo cenceño, el Arellano suele ser claramente masculino, de estatura mediana —no llega a los seis pies y nunca baja de los 5,9—; piel blanca, muchas veces colorada; ojos café —contados son los de ojos azules—, frecuentemente lampiño y pelo lacio tendiente a encanecer antes de tiempo.

Lo que aquí se quiere dibujar es la imagen física del Arellano clásico que básicamente, como puede notarse, ha sido equilibrada y viril. Pero no sólo eso, sino además aquellas características definidas de la familia, tarea sumamente difícil por la diversa y compleja psicología de sus miembros. Del análisis retrospectivo de sus principales representantes, sin eludir el propio autorretrato del que escribe, es posible por lo menos extraer algo claro y con muchas probabilidades de dar en el clavo.

Ante todo debemos remontarnos a su origen histórico o sea al noble ancestro español de donde proviene. De allí hay que partir para explicarnos la actitud hidalga, las sanas y sencillas costumbres, el entregado catolicismo y el **espíritu de familia** de los Arellano nacidos en el siglo XVIII, en el XIX y a principios del XX y no necesariamente de los nacidos después de 1920 porque de éstos no puede hablarse con amplitud y certeza, por razones de orden sociológico, de la vigencia total de esos cuatro caracteres. Nuestra hidalguía familiar fue introducida a Nicaragua por don Carlos, alcalde de Guatemala y Gobernador de la Provincia en el siglo XVI. La sencillez y moralidad de las costumbres, así como el catolicismo vivo, entregado y sincero, no era exclusivo de los Arellano, sino algo corriente de nuestras familias tradicionales. Lo que los diferenciaba de otras era el llamado **espíritu de familia**, es decir aquella conciencia y autovaloración genealógica cuyas finalidades predominantes han sido la exigencia y el círculo; **espíritu** que se ha conservado intacto en unas cuantas familias nicaragüenses, siendo las más representativas los Chamorro de Granada y los Sacasa de León.

Si el origen histórico es una condición indispensable

para introducirnos en las peculiaridades de los Arellano, si es que éstas puedan generalizarse simplificando sus variedades, no lo es el ubicarlos geográficamente, o sea en Granada. Porque el Arellano tiene muy poco del carácter comercial, el sentido del humor y el espíritu de aventura de los granadinos. No es socarrón, ni fachento, ni cultiva la elegancia ni lo **chic**. Con la excepción de don Faustino —el autor de **El Lcdo. Jerónimo y el Asesinato de la Pelona**— su carácter está más cerca del de los leoneses que del de sus coteráneos. Es más bien introvertido, encerrado en sus ideas, dominante, honrado, honesto. Nunca es servil y la vanidad y el rencor jamás lo dominan. De sentimientos reflexivos y duraderos, observación aguda y memoria casi asombrosa. El carácter psicológico que más se le acerca es el **apasionado** y el valor que en él predomina no es la tranquilidad, ni el éxito social, ni la diversión, ni la acción, ni la intimidad, sino el **complemento de la obra**, esto es, la cosa bien hecha. Es por eso que el Arellano es enemigo del desorden, de la falsedad y de la improvisación y amigo del orden, la verdad y la disciplina. Serio y temático a veces para cierta gente resulta hosco e impenetrable.

Para completar esta imagen hay que tomar en cuenta la capacidad intelectual de la familia y su consecuencia lógica: una locura más legendaria y pintoresca que trágica y deplorable; y la ortodoxia en sus creencias productora del catolicismo ya referido representado por la santa, educadora y apóstol Elena Arellano, o **Mamá Elena** como se la conoce en Granada. Tradicionales han sido, pues, la inteligencia y la locura de nuestra familia con las cuales se ha tejido una serie de anécdotas dignas de transmitirse que ejemplificarían fielmente esos aspectos.

Sólo conociendo los rasgos señalados comprendemos el cumplimiento del deber de don Carlos, el Gobernador, quien durante su gobierno mantuvo a raya a los piratas y Granada vio florecer el mayor comercio de su historia. La inocencia de don Narciso, el primero con ese nombre, ministro del Jefe de Estado Juan Argüello, aparente y calumniosamente implicado en el **Asesinato de la Pelona**. La estimada posición social de don Faustino, íntimo amigo de don Enrique Guzmán. El apostolado de Doña Luz, hermana de Doña Elena, en cuya casa se fundó el Colegio Salesiano de Granada. La sabiduría de don David, doctor en Humanidades Clásicas de la Universidad jesuítica de Fordham, Nueva York. Y las extravagancias de don Felipe y de don Narciso —la repetición de nombres en cada generación es típica de los Arellano.

Finalmente el rasgo más claro de los Arellano de hoy es su decadencia. Atribuída a la falta de fortuna considerable y figuración política, sin embargo, conservan parte de los caracteres de sus ascendientes y sobre todo cierta marca física y espiritual, la suficiente para reconocer en ellos la estirpe de una de las familias que ha contribuido en mucho a la formación de nuestra sociedad.